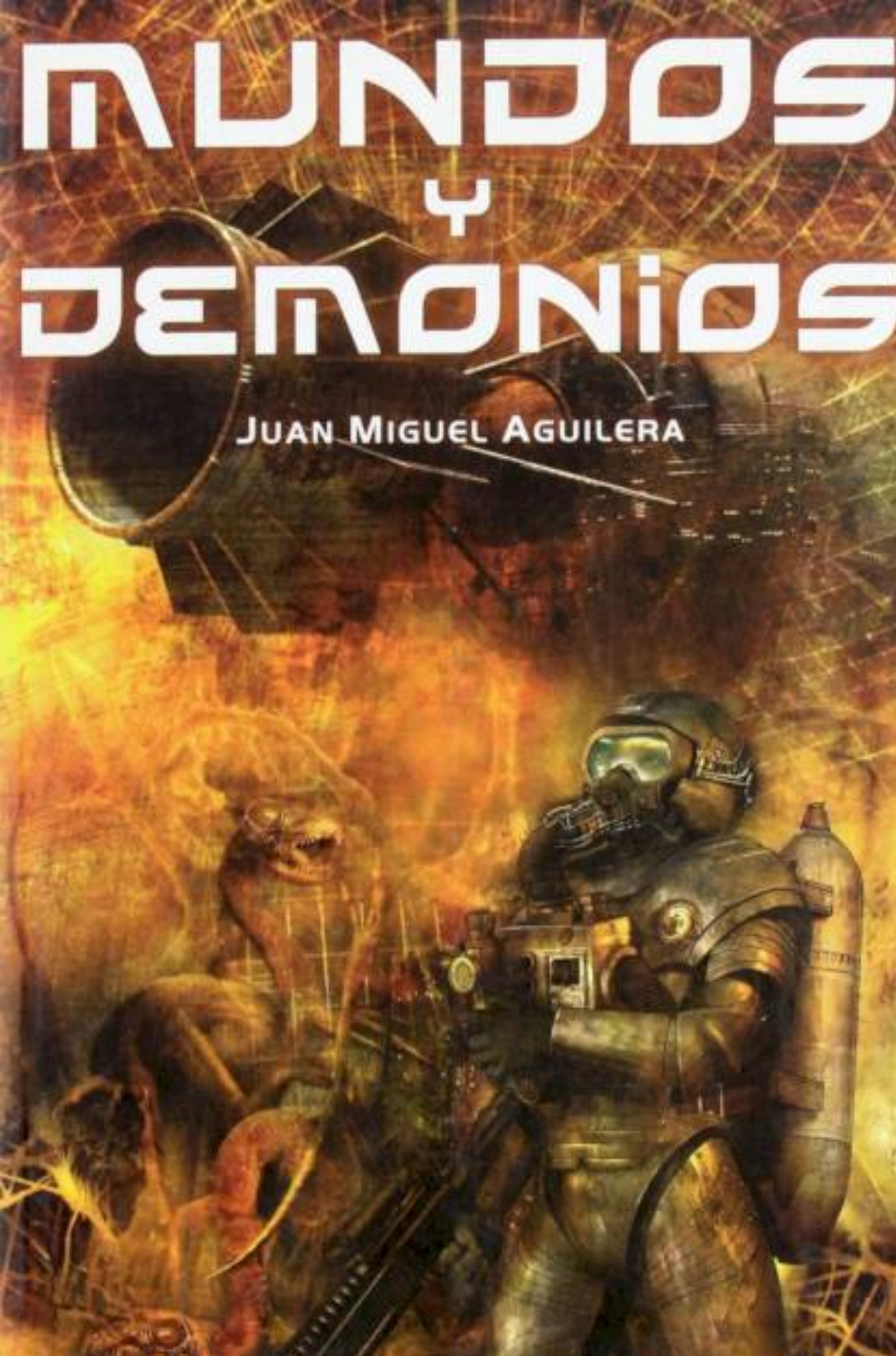


MUNDOS Y DEMONIOS

JUAN MIGUEL AGUILERA



En el cúmulo globular de Akasa-Puspa, a miles de años luz de la Vía Láctea, la civilización se ha desarrollado aprovechando que la cercanía entre las estrellas permite realizar viajes espaciales a velocidades sublumínicas. El Imperio, antiguo y decadente, aunque poseedor de tecnología punta, ha unido fuerzas con los bárbaros de la pujante Utsarpini para hacer frente a la Hermandad, un culto sincrético que se remonta al remoto pasado de la humanidad. En este juego a tres bandas, el descubrimiento de la Esfera, un artefacto gigantesco que abarca todo un sistema solar, pone en marcha una expedición de exploración para investigar sus misterios. Pero los angriffs, sanguinarios alienígenas, también la codician... y la misma Esfera tiene sus propios mecanismos de defensa.

Agradecimientos

A María Esthela Acacia González Miranda, que me dio detalles del día a día de un incapacitado y me emocionó con su valor y sinceridad.

A José Manuel Uría González y a Rodolfo Martínez, que leyeron mi novela antes que nadie y me dieron algunos consejos muy valiosos.

A Javier Redal, mi compañero en la creación de Akasa-Puspa.

Bienvenidos a Akasa-Puspa

Akasa-Puspa («Flor de Loto en el Cielo») es el nombre que dimos Juan Miguel Aguilera y yo al escenario de nuestras novelas. Así que hay que empezar por decir qué es: Akasa-Puspa es un cúmulo globular. Los cúmulos globulares son agrupaciones esféricas de varios millones de estrellas, con un diámetro de apenas un centenar de años luz. Tales agrupaciones están gravitatoriamente ligadas a la galaxia Vía Láctea (realmente, todas las galaxias los tienen) y describen largas órbitas en torno al núcleo.

La razón para escoger este escenario fue hacer factible el viaje interestelar sin recurrir al socorrido hiperespacio y atenerse, en la media de lo posible, a San Alberto Einstein. Fue Woody Allen, en uno de sus desopilantes artículos humorísticos, quien dijo que el tamaño de un objeto puede disminuir «haciéndolo más pequeño». Y eso hicimos: en un cúmulo globular, las distancias medias entre estrellas son del orden de días luz o semanas luz. Esto permitiría el viaje interestelar sin que pasen unas cuantas glaciaciones entre la salida y la llegada.

Pero los cúmulos globulares están fuera de la galaxia. La pregunta era: ¿cómo llegó la humanidad hasta Akasa-Puspa?

La respuesta parece descabellada, pero se trata de algo que sucede en la realidad. A veces los cúmulos globulares atraviesan el disco galáctico (se los llama entonces «cúmulos abiertos»). Cuando esto sucede, la gravedad de la galaxia les hace perder estrellas por un proceso semejante a la evaporación. Pero esta pérdida es neta; también capturan estrellas, aunque en número inferior al que pierden. Y así

fue como el sistema solar, en un futuro muy remoto, pasó a formar parte de Akasa-Puspa. Por una vez, la montaña vino a Mahoma.

Así pues, han pasado veinticinco millones de años desde que Akasa-Puspa cruzó el disco galáctico. Ya se ha alejado nuevamente de la galaxia, y la humanidad, con sólo unos pequeños cambios evolutivos, se ha esparcido por él. El pasado ya no es siquiera recuerdo; ese lapso de tiempo es cuatro mil veces mayor que el que nos separa a nosotros de los sumerios. Se han sucedido grandes imperios e interregnos oscuros, con inevitabilidad casi geológica.

En el presente, las dos superpotencias del cúmulo son el Imperio, antiguo y civilizado, pero con problemas internos, y la Utsarpini, una potencia emergente que el Imperio mira por encima del hombro, considerándolos bárbaros. Está encabezada por Khan Karole, un líder supuestamente bárbaro pero con interés por elevar la cultura de su gente y organizar su joven imperio.

El tercer poder en Akasa-Puspa lo constituye la Hermandad, una organización religiosa sincrética que conserva elementos del distante pasado. Imperio, Utsarpini y Hermandad mantienen un complicado equilibrio a tres bandas.

Existen también alienígenas en Akasa-Puspa. Los angriffs, que son una especie depredadora y agresiva que adora la carne humana. Y las cofrades, una especie gestáltica de mentes compuestas; son aliados de la humanidad, o por lo menos neutrales.

En cuanto a la Tierra... bueno, es una larga historia. El sistema solar ha cambiado hasta volverse irreconocible. Se encuentra rodeado de una gigantesca cáscara que atrapa la luz solar, de modo que es indetectable si no se sabe qué buscar.

El aspecto más enigmático en este sistema solar alterado son los colmeneros, una especie derivada de la humana tras millones de años de sofisticada ingeniería genética,

adaptados a vivir en el vacío, y cuya tecnología es casi mágica para las culturas actuales de Akasa-Puspa.

Y por último, la galaxia. Se ha propagado una nueva especie, máquinas autorreplicantes que podrían considerarse una nueva categoría de seres vivientes. Sólo están separadas de Akasa-Puspa por miles de años luz de vacío, y su propia existencia es desconocida para los pueblos del cúmulo globular, excepto para una limitada minoría... y los colmeneros, que las observan con preocupación.

Y éste es el escenario donde se desarrolla la trepidante aventura que van a leer a continuación.

JAVIER REDAL

Imaginad el interior de un sólido comparable al globo terrestre, una onda emergente del Polo Sur al Polo Norte. Durante la primera mitad del trayecto (hasta el Ecuador) se dilata, y luego empieza a contraerse sobre sí misma. Pues bien, siguiendo un ritmo muy semejante, se podía decir que se ha realizado históricamente el establecimiento de la Noosfera. Desde sus orígenes hasta nuestros días, la Humanidad ha pasado un período de asentamiento geográfico, en el curso del cual se trataba, en primer lugar, de multiplicarse y de ocupar la Tierra. Y sólo últimamente han aparecido en el mundo los primeros síntomas de un repliegue definitivo y global de la masa pensante en el interior de un hemisferio superior, en el que sólo podrá irse contrayendo y concentrando por efectos del tiempo.

Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955)

Puedo imaginar a seres adaptados a vivir en el espacio vacío y glacial, o en cualquier otra parte, conservando la ventaja de continuar su evolución en condiciones muy críticas para un organismo ordinario. Podrán proyectarse sobre distancias y períodos de tiempo enormes por medio de asombrosos órganos sensoriales. Mientras que su lugar de existencia será el espacio vacío y frío, más bien que las atmósferas calientes y densas de los planetas, su estructura etérea, liberada de todo soporte orgánico, será cada vez más ventajosa. Poco a poco conservarán sólo el espíritu, la herencia ancestral de la humanidad y las biología primitivas se difuminarán. Aparecerá una nueva forma de vida, progresivamente adaptada a una consciencia completamente etérea, independiente de toda estructura ancestral y funda-

da sobre una disposición específica de partículas que errarán en el espacio, comunicándose por radiación. Esta metamorfosis será tan importante como la aparición de la vida sobre la Tierra.

John Desmond Bernal (1901-1971)

Prólogo

1

La primera vez que Isa Govinda oyó hablar de la Esfera contaba quince años y hacía seis que había ingresado en el Seth. Un misionero de la Periferia llegó al monasterio con noticias de la guerra y algo más que mostró a los monjes reunidos a su alrededor. Se trataba de un minipack de fotografías tomadas por una nave exploradora y, en realidad, eran poco espectaculares. Demasiado oscuras, casi negro sobre negro, pero si te fijabas bien podías ver aquel artefacto esférico que envolvía y enturbiaba la luz de una estrella amarilla como una cápsula de humo.

—No hay palabras para describirla —decía el misionero—. Los adjetivos «inmensa» o «grandiosa» resultan ridículamente comedidos si los aplicamos a la Esfera...

—Pero ¿qué es? —preguntaron a la vez varios preceptores.

—Parece un objeto astronómico con un radio de doscientos veinticinco millones de kilómetros... Lo que ya de por sí es asombroso, pero si observamos su infrarrojo... — El misionero accionó un mando del minipack y exhibió una nueva tanda de fotografías, iluminadas ahora con brillantes colores falsos—... vemos algo inaudito: una esfera casi perfecta, un cascarón hueco y oscuro, que envuelve a una estrella amarilla e intercepta casi por completo su luz. No es sólida, pues está formada por asteroides, millones de ellos, alineados en perfectas órbitas coplanares... Por favor, mirad esto... ¡Qué maravilla! ¡No puede ser algo natural!

Los catecúmenos y preceptores que se habían congregado alrededor de la mesa en la que el misionero había situado el minipack se acercaron un poco más. Desde el fondo de la sala, Isa Govinda se colocó de puntillas para intentar ver algo.

—¡Y una estrella amarilla tiene que ser, por definición, rica en metales! —exclamó el gurú Kadir, inamovible en su credo mercantilista.

El hermano Mo, un fisiócrata convencido, intentó quitarle importancia al asunto:

—Háblame de hectáreas cultivables, háblame de terrenos aprovechables, y sólo así te podré hacer un cálculo bastante certero de su interés real...

2

Isa Govinda acompañó al hermano negociador a través del estrecho pasillo de la nave cofrade. Las paredes estaban cubiertas de musgo y rezumaban humedad. La luz era escasa, con un componente rojo que resultaba insólito y desagradable. Isa sentía la luz alienígena penetrar por sus pupilas, aunque era incapaz de distinguir toda la gama de colores de los objetos que lo rodeaban. Los sonidos de la nave también eran extraños, ominosos, y lo inquietaban. Pero el olor... El aroma de las cofrades era lo más delicioso que un humano pudiera oler jamás. Era difícil definirlo. Los jazmines en la valla del monasterio, al atardecer; el aroma de la piel limpia, la hierba por la mañana... Era todo eso y mucho más. Pensó con asombro que ese mismo perfume viajaría por siempre entre las estrellas; esa misma sensación sublime saturaría los sentidos de generaciones de humanos que aún estaban por nacer y los haría vibrar con la misma emoción.

Se encontraron con una parte de la reina apenas doblaron un recodo. Al verlos, el radical giró sobre sus seis patas

y corrió hacia el camarote real. Era evidente que la gran dama de la nave también estaba ansiosa por hacer negocios.

—Toma, ponte esto —le dijo el hermano negociador.

—¿Qué son?

—Taponos para la nariz. Las cofrades intentan influirnos por medio de los olores. No es una buena idea a la hora de hacer negocios. Póntelos.

Los taponos eran de cera. Isa se los ajustó en los agujeros de la nariz y siguieron a la pequeña criatura que avanzaba con su vientre pegado al suelo metálico.

La vegetación los rodeó húmeda y sofocante; árboles de corteza escamosa, rollizos, hinchados de agua y nutrientes hasta parecer a punto de reventar. Del chaparro tronco surgían como radios una áspera maraña de ramas, con grandes hojas aovadas y cubiertas por una delicada membrana verde. El fondo del camarote estaba oculto por el holo de unas montañas caliginosas bajo un cielo color azafrán dominado por un sol rojo. El radical que los había guiado hasta allí atravesó la alfombra de hojas muertas y llegó a la base de la reina para mezclarse con la barahúnda de sus miles de hermanos, indistinguibles de él, que danzaban frenéticos en torno al tronco central de la alienígena.

En aquel momento Isa comprendió que a cualquiera que no perteneciese al Seth y que, por lo tanto, no hubiera recibido el adiestramiento adecuado, le resultaría muy difícil mantener la concentración en presencia de aquella inquietante alienígena. El suelo a su alrededor hervía de criaturas de seis patas, cada una de ellas semejante a un escorpión del tamaño de una mano humana, pero con una cola que no terminaba en aguijón venenoso sino que estaba recubierta de palpitantes terminaciones nerviosas, capaces de establecer contacto unas con otras, mientras los radicales entrelazaban aquellos órganos en complejas permutaciones cuyo significado los humanos apenas lograban adivinar. La sensación de caos era total. Los radicales saltaban a su alrededor, se encaramaban por sus piernas, a la vez que

entraban y salían sin cesar por las aberturas superior e inferior del caparazón de la reina cofrade que estaba frente a él.

El cuerpo de la reina era un grueso tronco de cono de casi dos metros de altura, con una textura escamosa y un color semejante al de los árboles que los rodeaban, pero con su corteza decorada con intrincados dibujos y racimos de adornos dorados. Aunque invisible, Isa sabía que en el interior de aquel tronco había una criatura semejante a un gusano del tamaño de un bebé humano, con una piel blanca, húmeda y arrugada. Allí estaban situados los órganos sexuales de la cofrade, el estómago y el nexo cerebral primario que controlaba el enjambre de radicales, dotados de pequeños cerebros secundarios pero sin órganos sexuales.

—¿Qué tienes para ofrecernos? —preguntó el hermano negociador.

—Información —respondió la reina.

—Tenemos un excedente de información. ¿Ofreces algo más sustancioso?

—Esta información es sustanciosa. ¿Habéis oído hablar de la Esfera?

—No estamos interesados —replicó el negociador—. Por favor, hágame de otro producto de tu catálogo.

Varios radicales giraron sobre sí mismos, ensayando varios enlaces a la vez entre sus colas. Isa se preguntó si se trataría de un gesto de impaciencia.

—Hay seis planetas de tipo humano en el interior de la Esfera, girando en una misma órbita entorno a su sol. Su valor como colonias humanas es incalculable.

—Según nuestros datos, la Esfera está situada más allá de la Periferia, en el mismo borde del abismo intergaláctico. Demasiado lejos para establecer colonias viables en ella. Y los mundos más cercanos están en guerra, lo que haría imposible el abastecimiento de esa hipotética colonia... Pasemos al siguiente tema, si le parece.

Pero Isa había dejado de escuchar la conversación entre el hermano negociador y la reina cofrade. Estaba pendiente de su cuerpo y de la extraña sensación que empezaba a notar en él. A pesar del calor y la humedad que remaban allí, sólo su lado izquierdo sudaba. El derecho permanecía seco e insensible como una corteza de madera.

3

—Se trata de un virus —concluyó el médico—. Pero el contagio es imposible.

—¿Está seguro? —preguntó Isa.

El Seth le había pagado el mejor especialista que era posible encontrar en la Utsarpini, un científico educado en las universidades del Imperio. Le constaba que había analizado exhaustivamente su enfermedad, pero contagiar a su familia de lo que fuera que le estaba atacando se había convertido en su peor pesadilla.

—Completamente. Y eso es lo más extraño. Parece... se diría que es algo diseñado específicamente para usted. La degeneración sólo afecta a las neuronas sensitivas y eferentes somáticas. El ADN invasor encaja exactamente con su ADN, por eso es imposible que pueda infectar a otra persona.

Pero a él lo estaba destruyendo poco a poco. Apenas tenía ya sensibilidad en el lado derecho de su cuerpo. No sentía el frío ni el calor, no sudaba. Pero lo terrorífico era notar cada mañana cómo la enfermedad había avanzado un poco más. Comprendió que en esas condiciones pronto se vería obligado a dejar su puesto como piloto del Seth y renunciar a gran parte de sus beneficios discrecionales.

4

Después de cenar tranquilamente en compañía de su mujer y de sus hijos, Isa Govinda salió al porche y alzó la vista hacia el cielo de Santamloka. En ese momento parecía una exhibición de rubíes esparcidos sobre terciopelo negro. Era una noche despejada y magnífica, como solían ser las noches en la Periferia. La negrura, extraña en los mundos interiores de Akasa-Puspa, era lo que le confería ese aspecto fantástico.

Pero, sobre todo, era una noche tranquila.

Su instinto buscaba posibles amenazas llegadas desde las estrellas, estelas de naves enemigas dispuestas a bombardear aquel mundo. Pero sólo vio la habitual configuración de Akasa-Puspa: una masa de estrellas rojas, anaranjadas y amarillas; diez millones de soles agrupados en un cúmulo globular de apenas ciento cincuenta años luz de diámetro, donde los sistemas estaban tan próximos entre sí que los señores de la guerra podían saltar sin dificultad de un planeta al vecino, como las pulgas de una rata a otra.

«Al menos, aquí estamos a salvo».

Eso es lo que le repetía Benazir cada vez que él se lamentaba de cómo su enfermedad había variado el curso de la vida de ambos y había conducido a su familia hasta aquel lugar remoto. Por lo menos, en Santamloka estaban a salvo. Sí, no podía haber un planeta en el universo más aburrido que Santamloka. Vivían en una pequeña casa en las afueras de una ciudad que no tendría más de cinco mil habitantes, situada en un mundo que no superaba los tres millones. Tenía un pequeño terreno y media docena de robots agrónomos para atenderlo. Cada diez días, acudía a la ciudad con una camioneta para comprar víveres y repuestos. Y todos los fines de semana asistía con mujer y sus hijos a la oración del *Alaya-vijñana*, en el templo situado en la base de la babel.

Una vida aburrida. ¿Qué más podía desear un hombre en aquella era incierta?

Isa Govinda había escuchado varias veces el relato de labios de su esposa. Benazir le describía, estremecida, el momento en que su madre abrió la puerta y los fanáticos arrojaron la cabeza de su esposo a sus pies. Eso fue durante los primeros años de la guerra. El padre de Benazir había sido el gobernador de Sivamloka, el planeta de origen de la familia de ella. Allí el conflicto había dejado un rastro sangriento.

Fue entonces cuando se conocieron, pues él pilotaba una de las naves que participaron en la evacuación de Sivamloka. La operación había sido contratada por los Kharole y contaba tanto con naves de carga privadas y veleros de guerra como con naves de fusión del Seth, alquiladas a un alto precio. Cualquier cosa valía. Todos los planetas del sector hervían de conatos de rebelión contra la Utsarpini, que eran sofocados de inmediato y de un modo contundente con saldos de millares de muertos y heridos. Recuerdos horrorosos que tal vez pudieran explicar la apariencia fría y contenida que era habitual en Benazir. Isa la amaba con locura, pero a veces tenía la sospecha de que ella le reprochaba en silencio el que se hubieran trasladado a aquel triste mundo de la Periferia, apartado de las principales rutas comerciales, de los beneficios del Seth y del nivel de vida al que ella estaba acostumbrada desde su nacimiento. Sabía que Benazir siempre había deseado exiliarse en la capital del Imperio, pero la enfermedad de Isa y su consiguiente paso a la reserva de la orden había supuesto el fin de ese sueño.

A pesar de todo, se las arreglaban lo mejor posible y Benazir se desenvolvía perfectamente en aquella pequeña comunidad. Insistía en mantener una imagen pública de prosperidad (aunque ésta se hubiera esfumado hacía mucho) y había conseguido que fueran tratados con la deferencia que se empleaba con las clases elevadas. Tenían los mejores asientos en el templo y siempre recibían una invita-